

20260628. Ciclo A. Decimotercer ^{domingo} del Tiempo Ordinario. Un verdadero discípulo se olvida de sí mismo.

Existe un proverbio brillante que resume a la perfección la búsqueda humana de la felicidad: "Si quieres ser feliz durante una hora, échate una siesta. Si quieres ser feliz durante un día, ve a pescar. Si quieres ser feliz durante un año, hereda una fortuna. Si quieres ser feliz toda la vida, ayuda a alguien más."

Hoy, decimotercer Domingo del Tiempo Ordinario, Jesús nos enseña lo que significa ser un verdadero discípulo; quiere que luchemos contra nuestras propias pasiones y contra el pecado y sus consecuencias. Nos dice qué se necesita para encontrar la alegría para toda la vida y disfrutar de la paz eterna.

Encontrar la verdadera paz requiere discernir entre los deseos y las intenciones del corazón. Ser un verdadero discípulo exige comprender claramente la diferencia entre los deseos de la carne y los del espíritu. Es aquí donde podemos decir que la Palabra de Dios, de hecho, genera divisiones. En la primera parte del Evangelio de hoy, nuestro Señor continúa diciendo que nada debe interponerse entre él y sus discípulos, ni siquiera padre o madre, hijo o hija: todo obstáculo debe ser evitado.

Para que quede claro, estas palabras no establecen oposición entre el primer y el cuarto mandamiento (Amar a Dios sobre todas las cosas y amar a los padres): simplemente indican el orden de prioridades. Debemos amar a Dios con todas nuestras fuerzas (Mt 22:37) y esforzamos seriamente por ser santos. También debemos amar y respetar —en teoría y en la práctica— a los padres que Dios nos ha dado; ellos han colaborado generosamente con el poder creador de Dios, y les debemos muchísimo. Pero el amor a los padres no debe anteponerse al amor a Dios; por lo general, no hay razón para que estos dos amores entren en conflicto, pero si alguna vez sucediera, debemos tener muy claro lo que Jesús dice aquí.

Amar a Dios por encima de todas las cosas y personas suena difícil, y de hecho lo es. Esta enseñanza de nuestro Señor nos invita a ser generosos y a confiar en que Dios obrará según su voluntad. La clave, sin embargo, reside en que Dios jamás se deja superar en generosidad. Por cada acto de bondad y generosidad, Jesús ha prometido una recompensa cien veces mayor, tanto en esta vida como en la vida eterna (Mt 19:29), a quienes respondan con prontitud a su santa voluntad.

La segunda parte del Evangelio de hoy continúa explicando que significa ser un verdadero discípulo, un verdadero seguidor de Jesús. Seguir a Cristo significa hacer lo que él pide, lo cual implica arriesgar esta vida para alcanzar la vida eterna.

Ser discípulo de Jesús significa aceptar lo que nos ha dado, permitir que madure y asegurarnos de ser fuertes en nuestra fe, comprendiendo que la Palabra de Dios se usa para sanar y no para herir, para convertir, no para confrontar. Jesús nos recuerda amar; vivir y amar, tratar a los demás como quisiéramos que nos trataran a nosotros.

Estamos llamados a profundizar nuestros corazones, a amar con sabiduría, a extender su bondad.

Se requiere madurez en Cristo ; cuando estamos equipados con madurez y fe, estamos listos para atravesar la puerta estrecha. No es un camino difícil, sino uno de fe. Un camino donde el amor y la verdad caminan juntos. Una forma de vida intencional, llena de oración y fundamentada en Dios. Es el camino donde confiamos en Dios lo suficiente como para dejarlo todo. Una forma de vida sabia para comprender, identificar y proteger lo que verdaderamente importa. Sabia para guiarnos y tratar a los demás con amor, bondad y dignidad. Sabia para amar lo suficiente como para sanar a otros.

La vida cristiana se basa en la abnegación. No hay cristianismo sin la cruz; no hay cristianismo en acciones egoístas.

San Josemaría Escrivá dice que «Quienes se preocupan constantemente por sí mismos, quienes actúan ante todo para su propia satisfacción, ponen en peligro su salvación eterna y no pueden evitar ser infelices ni siquiera en esta vida. Sólo si uno se olvida de sí mismo y se entrega a Dios y a los demás, en el matrimonio y en los demás aspectos de la vida, puede ser feliz en esta tierra, con una felicidad que es preparación y anticipo de la alegría del cielo».

Así que, "Si quieres ser feliz por una hora, toma una siesta. Si quieres ser feliz por un día, ve a pescar. Si quieres ser feliz por un año, hereda una fortuna. Si quieres ser feliz toda la vida y para la vida eterna, olvídate de ti mismo, entrégate por completo a Dios y a los demás."

2 Reyes 4:8-11, 14-16a

Salmo 89:2-3, 16-17, 18-19

Romanos 6:3-4, 8-11

Mateo 10:37-42